



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II AL FINAL DE LA FIESTA-CONCIERTO QUE LE OFRECIERON LOS NIÑOS

Viernes 5 de enero de 2001

Amadísimos niños y muchachos, os acojo con gran alegría:

1. Me alegra mucho encontrarme en medio de vosotros esta tarde. Gracias por esta hermosa fiesta que habéis organizado precisamente al final del jubileo. Os saludo a todos con gran afecto: a los que os encontráis en el sala Pablo VI, y a los que estáis unidos a nosotros mediante la televisión. A este propósito, doy las gracias a la RAI, que durante todo el Año jubilar se ha encargado de las transmisiones y los enlaces radiofónicos y televisivos.

Con los niños se abrió el Año santo; y era justo que concluyera también con ellos. Este es un signo positivo de esperanza, un deseo concreto de vida. Es, sobre todo, un homenaje a los niños, por quienes Jesús sentía predilección y de quienes solía rodearse. A la gente y a sus discípulos les señalaba a los niños como modelos para entrar en el reino de los cielos.

Queridos amigos, vuestra fiesta tiene como título "Siguiendo el cometa", y nos trae a la mente la solemnidad de la Epifanía del Señor, que celebraremos mañana. El cometa nos hace pensar en los *Magos*, personajes misteriosos, sabios, cultos, expertos en astronomía, de los que habla el Evangelio. Pero, si observamos con atención, tenían un corazón de niño, fascinado por el misterio; y aceptaron con prontitud la invitación de la estrella y lo dejaron todo para ir a adorar al Rey de los judíos, que había nacido en Belén.

2. Queridos amigos, vosotros, que hoy sois niños y muchachos, formaréis mañana la *primera generación de cristianos adultos* del tercer milenio. ¡Qué grande es vuestra responsabilidad!

Seréis los protagonistas del *próximo jubileo*, en el año 2025. Para entonces seréis grandes; quizá habréis formado una familia, habréis abrazado la vida sacerdotal u os habréis consagrado a una

misión especial en la Iglesia al servicio de Dios y de vuestros hermanos.

Y yo, que he tenido la gran satisfacción de introducir a la Iglesia en el tercer milenio, os contemplo con el corazón lleno de esperanza. En vuestros ojos, en vuestros tiernos rostros, me parece vislumbrar ya la meta del próximo jubileo. Miro a lo lejos, y ruego por vosotros. Queridos muchachos, mantened en alto y encendida la antorcha de la fe, que esta tarde os entrego de modo ideal a vosotros y a vuestros coetáneos de todas las partes de la tierra. ¡Iluminad con esta luz los caminos de la vida; abrasad de amor el mundo!

La Virgen os acompañe, y yo con afecto os bendigo.